

En el quinto centenario del descubrimiento de América. Contribución mutua entre España y América en la conformación del paisaje

JUAN BASSEGODA NONELL

En esta comunicación se trata de analizar cuáles fueron las causas y hechos determinantes para que el paisaje español influyera en el americano a partir del Descubrimiento, y viceversa.

Hay dos maneras de entender el paisaje, el natural y el urbano, y bajo ambas formas se produjeron influencias a uno y otro lado del Atlántico.

La agricultura fue uno de los factores determinantes del cambio de paisaje mediante el intercambio de plantas, que previamente eran desconocidas en cada Continente.

El intercambio se inició a poco del Descubrimiento y se conocen tratados sobre ello escritos en el siglo XVI. Con todo en los tiempos de la Ilustración en el siglo XVIII hubo un incremento del traslado y estudio científico de plantas.

En este sentido es interesante conocer quiénes fueron los primeros en estudiar la flora americana.

El primero fue Gonzalo Hernández (o Fernández) de Oviedo (1478-1557), en su monumental «Historia General y Natural de las Indias», manuscrito de 50 volúmenes, de los que los 19 primeros se publicaron en Sevilla en 1535, mientras que el resto no vio la luz en Madrid hasta 1815. Hernández de Oviedo pasó a América en 1514 y, entre otras muchas

cosas, dió relación de 43 árboles frutales, 34 árboles silvestres, 8 medicinales y 10 hierbas. Fue conocido como el primer botánico de América y su labor demuestra el interés científico que despertó América entre los españoles.

Otro estudioso a destacar fue Nicolás Monardes (1493-1588) que, a pesar de no haber visitado nunca el Nuevo Mundo, escribió en 1580 la «Historia Medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales, que sirven a la Medicina». Monardes montó un museo, el primero de su especie, con material de las Indias Occidentales, de historia natural.

En 1570 Felipe II encargó un estudio de historia natural, antigua y política de las Indias, con el fin de separar lo real de lo fantástico, que se había mezclado en las anteriores publicaciones.

El estudio lo dirigió el médico de palacio don Francisco Hernández (1514-1578). Estuvo mucho tiempo en América interrogando a los médicos nativos y reuniendo abundante información. Siete años después Hernández había escrito seis volúmenes de texto y 10 de figuras y los envió a la metrópoli junto con numerosas semillas que se plantaron en el jardín de Aranjuez. Por desgracia sólo una parte del manuscrito llegó a publicarse y además mucho tiempo después.

Otro descollante estudio sobre el traspaso de especies de uno a otro continente fue el que realizó el Padre José de Acosta, S.J. con el título «Historia Natural y Moral de las Indias». El padre Acosta vivió entre 1540 y 1600 y publicó su obra en 1590, en Sevilla. Se discutió mucho sobre si la parte histórica del libro del padre Acosta era plagio de escritos anteriores, aunque las investigaciones posteriores permitieron reivindicar la originalidad de los textos. Por lo que se refiere a la descripción de las plantas y animales, es evidente que las basó en sus propias observaciones directas.

El estudio se centra principalmente en la flora de México, del Perú y de las islas caribeñas, por lo que se explica la sorpresa del autor ante las características de las plantas tropicales que florecen y fructifican a lo largo de todo el año, sin estar sometidas a las leyes estacionales europeas.

El padre Acosta muestra su admiración por el maíz, que produce el llamado pan de las Indias, una planta fundamental para la alimentación de los indios, que era totalmente desconocida en Europa, que en Castilla se llamó trigo de las Indias, en Italia grano turco y en Cataluña «blat de moro». Los campos de maíz en nada recuerdan a los trigales europeos y constituyen un elemento de contraste entre los paisajes de ambos continentes. Por lo que se refiere a los tubérculos, las patatas,

luego tan difundidas en Europa, fueron objeto de la atención del padre Acosta así como los camotes, yanocas, batatas, jícamas y, muy especialmente, el maní o cacahuete.

Las verduras, legumbres y frutos eran también esencialmente distintos de los europeos. Así las piñas o ananás, los pepinos o pimientos, etc. De la piña americana cuenta que tras largo y difícil viaje, presentaron una planta al César Carlos, que alabó su olor, pero no quiso probar el gusto.

Del ají, chile, guindilla o pimiento de las Indias hace una amplia descripción, explicando la gran importancia que le dieron los antiguos mexicanos y peruanos. Explica que, comido con moderación, ayuda a la digestión pero en cantidad «tiene ruines efectos, ya que el mucho uso de él por los jóvenes, es perjudicial para la salud, mayormente del alma, porque despierta la sensualidad».

De los plátanos, extraño fruto curvado, hace muchas alabanzas aún cuando reconoce que el nombre se los pusieron los españoles.

Otra planta de raro fruto, según el padre Acosta, es el cacao, cuyo principal beneficio es un bebraje que le dicen chocolate, «que es cosa loca lo que en ello se precian los indios y hasta las españolas hechas en esta tierra, que se mueren por el negro chocolate».

Muy completa es la descripción del árbol de la coca que se da en el Perú que «es otra superstición y parece cosa de fábula». Se da en valles calientes y lluviosos y cuesta gran trabajo a los indios llevarlo a los poblados, de tal modo que su cultivo y transporte ha costado no pocas vidas.

Añade que hubo grandes disputas y pareceres de letrados para decidir si convenía arrancar todas las plantaciones o chácaras de coca que, al fin, permanecieron, a pesar del gran daño que la droga causaba a los indios.

Del maguey o pita dice que sirve para hacer agujas, arropes y fibras. Las tunas, higos chumbos y grana, muy apreciada para fabricar tintes, al igual que el añil del Perú.

Acerca del algodón, explica que es uno de los mayores beneficios de las Indias, pues sirve para suplir el lino y la lana para la ropa.

La relación es extensa, con citas precisas al cazabe o pan de yuca, al chuño o patata seca, a las batatas, al cavi o raíz de oca del Perú, a los mameyes, a los guayabos, que son como peras, al chicozapote o melocotón, a la caña de azúcar, etc. Le llamaron particularmente la atención los cocoteros, que producen fruto constantemente.

Describe el cariño que los indios sienten por las flores y los obsequios que se hacen entre ellos de ramos floridos. Explica como es el flo-

ripondio, árbol que no da fruto sino solamente flores blancas, el yolo-suchil en forma de corazón, el sorprendente girasol, la granadilla, que aparenta tener los signos de la Pasión.

Un capítulo entero dedica a los bálsamos y otro a los aceites, gomas y drogas. Describe también la zarzaparrilla, el palosanto y la higuerrilla.

Es especialmente sugestiva la descripción de las grandes arboledas que vió en aquellas tierras. Bosques de cedros, ceibos, laureles, palmeras, caobas, pinos, robles. Como ejemplo, el famoso cedro gigante de Oaxaca, de descomunales proporciones.

El conocimiento de la botánica americana permite imaginar el aspecto del paisaje de aquel continente, o al menos de una amplia zona, antes del Descubrimiento.

Pero a continuación el padre Acosta habla de los vegetales que los españoles llevaron a las Indias, principalmente el trigo, la cebada, las berzas, las lechugas, los rábanos, las cebollas, los ajos, el perejil, las zanahorias, los nabos, las berenjenas, las escarolas, las espinacas, las lentejas, los garbanzos, así como los naranjos, los limones, las cidras, los albaricoques, los higos, las peras, los membrillos y los granados. También exportaron vides, pero éstas sólo se daban en Chile y en alguna parte del Perú.

Como es natural todas estas especies vegetales cambiaron, en amplias zonas, el aspecto del paisaje precolombino. Extensos naranjales dieron aire nuevo a unas tierras muy ricas en especies vegetales, pero carentes de las más características de Europa.

Con todo no bastó el traslado de planteles o semillas, ya que al no ser el clima igual, hubo que realizar muchos ensayos hasta encontrar el mejor lugar para la plantación de las especies exóticas.

Estos estudios del siglo XVI son sumamente interesantes, aunque no tengan el carácter científico que se dió a la botánica después de los estudios de Linneo.

Durante el siglo XVIII la botánica se desarrolló intensamente en España, especialmente bajo el reinado de Carlos III, antes Carlos VII de Nápoles, donde también protegió el estudio de las ciencias naturales.

José Celestino Mutis (1732-1808) era médico de Nueva Granada en 1760 y realizó un estudio sistemático de la vegetación de aquellas tierras con numerosos dibujos y un completo herbario. Su obra completa aún no se ha publicado enteramente.

En 1777 Hipólito Ruiz López (1754-1816) y José A. Pavón Jiménez (1754-1840) realizaron una expedición científica a tierras del Perú, por

encargo del Rey, y llevaron a España numerosas plantas vivas mediante cajones especiales. Muchas de las plantas, que aún subsisten en el Jardín Botánico de Tenerife, fueron trasplantadas entonces. Lo mismo sucedió con el Jardín Botánico de Madrid, pero éste estuvo muy abandonado durante años.

Estas plantas se adaptaron luego a la tierra española y muchas de ellas son tan familiares que se piensa que son autóctonas. Los tomates, por ejemplo, son elemento indispensable en las ensaladas y en muchos guisos, de tal forma que cuesta imaginar que a finales del siglo XV eran totalmente desconocidos en España. Esto quiere decir que el paisaje gastronómico cambió tanto como el del manto vegetal.

Las influencias mutuas fueron plenamente intencionadas pues se pretendió con ello uniformizar, si es que cabe esta posibilidad, los aspectos de campos y bosques a uno y otro lado de la Mar Océana.

A pesar de estos notables cambios en la agricultura, en uno y otro continente, siguieron y siguen manteniéndose grandes áreas de Naturaleza salvaje donde la diferencia entre ambos paisajes es más que notable. Un manglar de Florida o la selva amazónica en nada se parecen a las pinadas de Balsaín o a la montaña de Montserrat.

Por tanto cabe hablar de influencias mutuas en el paisaje a través de la agricultura en áreas, sino limitadas, al menos muy concretas.

Pero la agricultura no fue la única causa del cambio de paisaje. Otro elemento determinante puede buscarse en las comunicaciones. En este caso la influencia fue de España a las Indias.

Los caminos de los incas peruanos estaban llenos de escaleras, que transitaban solamente los hombres y las llamas. La incorporación de la rueda, y sobre todo de las caballerías, modificó esencialmente el tipo y forma de las redes viarias. Los muchísimos caminos Reales existentes en todo el continente demuestran el impacto del nuevo sistema de comunicaciones.

La construcción de puentes fue otra novedad aunque en América eran conocidos los puentes colgantes de lianas, que en Europa no se construyeron hasta principios del siglo XIX, cuando se hizo corriente el uso de los cables de acero.

Una modificación substancial se produjo en el paisaje urbano del Nuevo Continente.

Los españoles fueron los fundadores de las nuevas ciudades, que se levantaron en terrenos yermos o se superpusieron a las ciudades precolombinas.

Los casos de la Ciudad de México y de Cuzco son bien característicos. La moderna arqueología ha permitido encontrar las trazas de la

antigua capital mexicana debajo del Zócalo y de los edificios que lo rodean. En Cuzco las partes bajas de muchas casas e iglesias son de cantería inca y los pisos altos según el modo español renacentista o barroco.

La planificación de ciudades según el criterio urbanístico etrusco-romano con el Decumanus y el Kardo, cruzándose en el foro, que en las Indias se llama la plaza de Armas, configura la mayoría de las ciudades españolas en América. La ingente colección de planos de ciudades españolas en América configura el verdadero trazado de la ciudad ideal Renacentista que en Europa fue solamente utopía y en las Indias una realidad que está todavía patente y a la vista.

Aún queda otro punto de modificación del paisaje que se originó en la arquitectura militar.

En primer lugar los muros y murallas que circunscribieron las ciudades son verdaderos hitos del paisaje, especialmente en las costas. Cartagena de Indias, en Colombia, es un ejemplo señero de esta arquitectura descomunal y terrible. Al igual que el cinto murario de La Habana, que subsistió en parte hasta 1873.

Pero aún más imponentes que las murallas y con mayor impacto sobre el paisaje, fueron los grandes bastiones o castillos.

San Felipe de Cartagena de Indias, el Morro de La Habana, San Cristóbal, castillo del Morro y la Fortaleza en San Juan de Puerto Rico, el castillo de Panamá, el de Portobelo, etc. constituyen enormes masas de muros, revellines, bastiones y baluartes, que se imponen de manera destacada en el paisaje.

Así pues la flora europea, el urbanismo ideal renacentista, las comunicaciones y obras de ingeniería, como acueductos, puentes y represas, las industrias de explotación de minerales, los beneficios y factorías, junto con las grandes obras de fortificación militar, confirieron un nuevo aire a muchas zonas del Nuevo Mundo, aunque, debido a su vastedad, siguió predominando el paisaje natural precolombino.

El proceso inverso es muy interesante pero menos llamativo y se circunscribió a la aclimatación en Europa de las especies vegetales desconocidas hasta el siglo XVI.

Puede decirse que la relación entre el Viejo y el Nuevo Mundo fue, desde el punto de vista paisajístico, enriquecedora, en los primeros tiempos. Luego el incremento del poder de la técnica industrial, constructora y de comunicaciones ha dañado por igual el paisaje a uno y otro lado de la mar Océana.

Los rascacielos, los aeropuertos, las autopistas, las fábricas de industria química o pesada, han sido causa de contaminación del agua y

del aire, de ruptura de los perfiles paisajísticos naturales y de graves daños a la flora, la fauna y la geomorfología.

Barcelona, miércoles 3 de julio de 1991.

Festividad de Santo Tomás, ap.

BIBLIOGRAFÍA

- P. JOSEPH ACOSTA, S. J. *Historia natural y moral de las Indias*. Edición de Edmundo O'Gorman. Fondo de Cultura Económica. México, 1940, 1962, 1979.
- JAVIER AGUILERA ROJAS. LUIS J. MORENO REXACH. *Urbanismo español en América*. Editora Nacional. Madrid, 1973.
- ARTHUR S. AITON. *The Impact of the Flora and Fauna of the New World upon de Old World during de Sixteenth Century*. Biologia II (Chronica Botanica, Vol. XII, 4-6). Londres, 1950-1951.
- CARMEN AÑÓN FELIU. *Real Jardín Botánico de Madrid. Sus orígenes (1755-1781)*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1987.
- MIGUEL COLMEIRO. *Bosquejo histórico y estadístico del Jardín Botánico de Madrid*. Anales de Sociedad Española de Historia Natural IV. Madrid, 1875.
- RAFAEL CHANES. *Deodendron. Árboles y arbustos de jardín en clima templado*. Colegio Oficial de Arquitectos de Cataluña y Baleares. Barcelona, 1969.
- PÍO FONT QUER. *Plantas medicinales. El Dioscórides renovado*. Ed. Labor, S. A. Barcelona, Madrid, Bogotá, 1980.
- FRANCISCO FRANCO. *Libro de enfermedades contagiosas*. Sevilla, 1569, (sobre la creación del jardín botánico de Aranjuez en 1558).
- FRANCISCO HERNÁNDEZ. *Cuatro libros de la Naturaleza y virtudes medicinales de las plantas y animales de Nueva España*. México, 1615.
- NICOLÁS MONARDES. *Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales, que sirven a la medicina*. Sevilla, 1580.
- GONZALO FERNÁNDEZ (O HERNÁNDEZ) DE OVIEDO. *Historia General y natural de las Indias*. Madrid, 1851-1855.
- HIPÓLITO RUIZ. JOSÉ PAVÓN. *Florae Peruvianae et Chilensis prodomus sive novarum-generii Peruvianarum et Chilesium descriptiones et iconos*. Madrid, 1794.
- ARTHUR R. STEELE. *Flores para el Rey*. La expedición de Ruiz y Pavón y la Flora del Perú (1777-1788). Ediciones del Serbal. Barcelona, 1982.